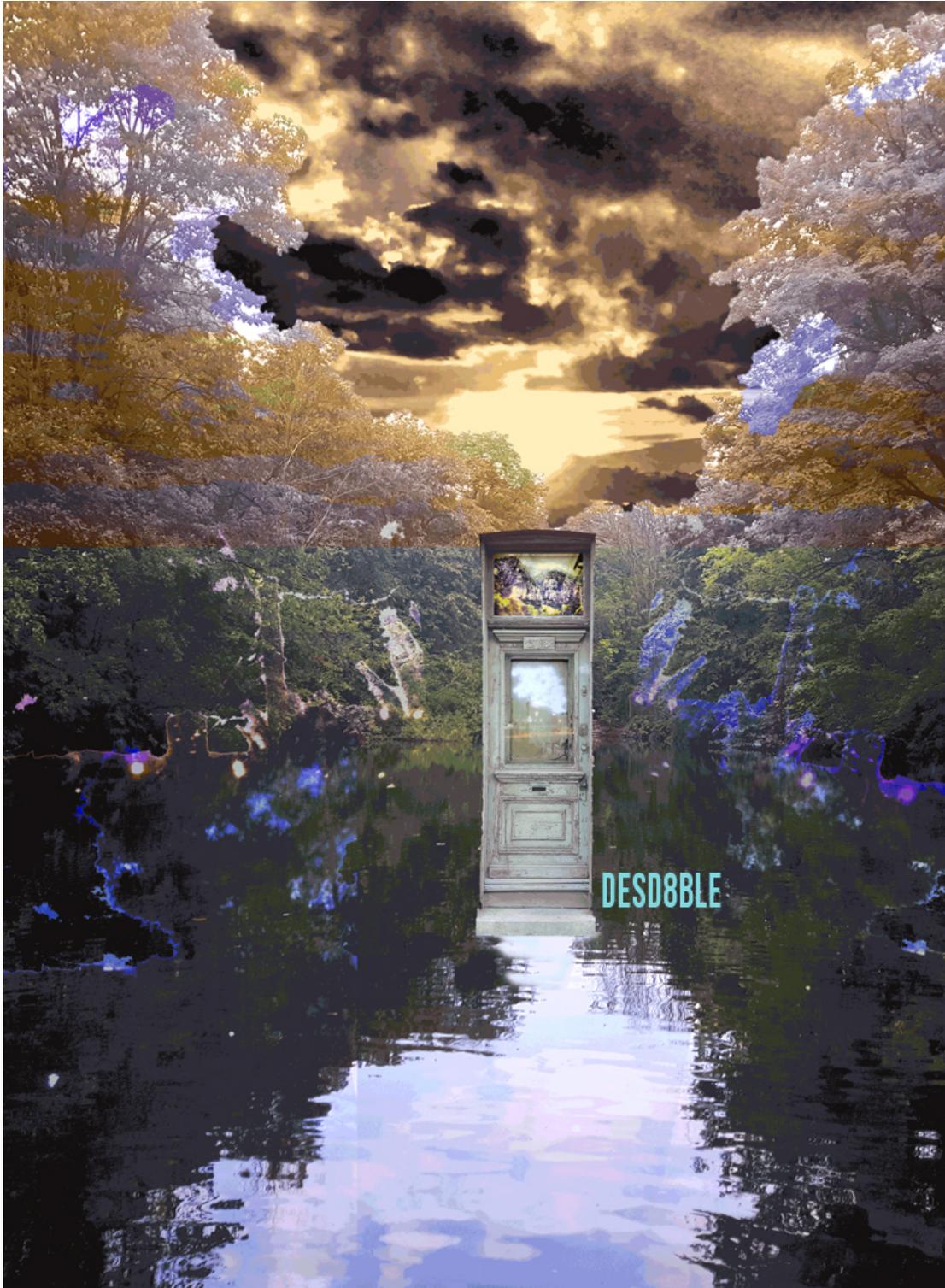


Desd8ble

JSMartín FLOR



Capítulo 1

desd8ble

Un pez de hojaldre con ojos de azúcar se disuelve analgésico en el jarrón de la transparencia de las calles entrecortadas. El lacrimógeno rechinar de mis dientes mastica una larga astilla de vapor que me libera el mal gusto del cuerpo. Las palmas coloniales, los cedros y los cipreses dilatan la vida enloquecida de Bogotá. A contraluz la minoría invisible vive el mundo en algarabía multitudinaria. Refulgentes palabras empujan mi sonrisa hasta un rebaño de nubes negras que saltan al pozo de las calles subrayando y manchando la fisionomía de los viandantes. El sol dora las hojas de los árboles que mueven las orejas con una alegría incontenible. Mi piel quemada. Masticar tierra seca y beber agua caliente. Conmovida por un hondo y profundo recuerdo cierro los ojos y mis labios se mueven sin palabras. Parpadean las flores. Se salpica de agua purpura, de pasos silenciosos, de acentos dorados, la respiración de las hojas secas. Entre idas y venidas el humo de las fábricas hace cabriolas sobre los andenes, revolotea y revolotea sobre las casas. Sin incomodar la posición fetal de las orejas, entre los pliegues de las sabanas y la cápsula dorada de los sueños, la minoría invisible flamea en los terrenos de la desinfección. Irrespirable. Sin saber nada y de nadie. No termina de pasar bocado su sinsabor imprescindible, subraya las carreteras, las puertas, los muros, despierta en movimientos irreversibles con los ojos en blanco. No termina nunca la ciudad disuelta en las calles sucias. Se mueve de lugar, llena de diminutos días soleados y correrías de malbaratado nomadismo. Somníferos y bostezos alimentan su despilfarro. Campanillas de cristal y grillos rosados patinan en los vapores de su arrogancia traumática. Cambio de acera y subo con dificultad una pendiente que me lleva unos metros más cerca del cielo. Mis pasos silenciosos siguen una curva estrecha que termina en una olvidada torre azul. Abandonarlo todo hasta encontrar un refugio donde nadie puede estar a salvo. Unas cejas multiplicadas en un rostro en velocidad se apoderan de mi balbuceo emocional. El desafío de salir de la superficie. La sospecha del desarraigo. Trazó con mis brazos y mis piernas una diagonal en un patio, descanso al hablar con desconocidos. Bogotá

me busca para abrocharme la cabeza con un esqueleto de bicicleta, sobre el cemento y las paredes estrechas
la desembocadura incandescente de la orilla contraria, el conjuro de sus sombras atragantadas con suspiros
y exhalaciones La narcolepsia intrínseca de las escalinatas, bancas y columnas crea otra playa al margen de
la desembocadura incandescente de los sueños sellados con colirio de miel. Voy sin rumbo durante horas.
Camino hasta que la palanca de mis piernas se bloquea por mis pies hinchados. La ciudad se apropia de tu
respiración, te ahoga aumentando tus complejos sembrando noches áridas en tus ojos ardientes. El lado más
oscuro de la calle empotra mi sombra en la mirada lateral de las palomas. Los pájaros siempre te dedican una
salida digna. Descubres quién eres en realidad cuando vuelas, cuando cae el telón y te juegas la vida en un
empujón y sabes que cuando te cuesta respirar es muy fácil mirarte a los ojos. La luz artificial de mi extrema
palidez destaca en la incontinencia visual de los comercios ambulantes. Mariposas negras y polillas de naftalina se adhieren a las paredes de mis
entrañas desdibujando mi apetito.
Soy un zonzuncito envenenado que sobrevuela las frondosidades nocturnas de las colinas desproporcionadas.
No quiero ser parte del patrimonio urbano de la ciudad que me pudre por dentro. En aleteos irreversibles
vuelo sobre el río del inocuo apaciguamiento. Encima de la copa rota del urapán las nubes cruzan la avenida,
retozan por los parques, cavan una trinchera de sueños para proteger los bosques de futuras invasiones de
turistas sin imaginación. Las aceras dan a luz espectaculares proyectos de vida. Las nubes enroscadas en los
cables de electricidad asfixian las estrellas. El nogal bicentenario ve el mundo con otros ojos. A contraluz
dime qué ves en tus manos de arcilla. Dime mientras taladras el sol con imágenes de la luna cuando es
posible que nos encontremos. A otras latitudes van las promesas incumplidas. Dime cuando podemos
rompernos en gotas de gasolina para viajar por la refulgencia terrenal a curar dolencias ancestrales. A
mi nombre responden personas que nunca he conocido y situaciones en las que no debería nunca haber
participado vuelven en apariencia física. No hay prisa en volver a casa. Cruzo con las nubes la avenida y
retozo por los parques juntando episodios dispersos de gente que busca trabajo, de gente que no tiene dinero.
La respiración de las hojas secas cura las fachadas malheridas. Las moscas, las pulgas y las abejas caen

desmayadas de cansancio sobre los andenes. He perdido peso a medida que siento que el tiempo pasa mas rápido. Cierro mis ojos y me tapo las orejas con los índices. Solo los desaparecidos intentan saltarse los muros y responder con palabras dormidas. Bebo de las fuentes públicas y con mi sonrisa de cobre me acerco al nogal agonizante para espiar mis últimos estertores. Las palomas vuelan para ocultarse de la ranura de las puertas. Intoxicada por otras intemperies sufro retortijones que me hacen revolcarme de dolor mientras los mosaicos de musgo se burlan aclarando el cielo con mis quejidos. Mi sangre bulle en contra vía. Oscilo en particular nemotecnia, en idílica desventaja, mientras a kilómetros de distancia me observo festejando hasta altas horas de la madrugada. Cuando llegue el momento de caer ni siquiera sentiré mi cuerpo arremolinarse en las profundidades. El horizonte, un hilo muy fino e inasible me libera del vago recuerdo de mi vida, en una caja de fósforos he pasado mis días de incendio en incendio. Sueño despierto con una mandíbula desencajada frunciendo una lengua seca. Al pasar las manos por mi rostro siento mi piel helada y al tocar mis tobillos palpó burbujas y renacuajos. No sin un sobresalto en mi corazón veo llover agujas plateadas y piedrecitas de zafiro. Veo mis costillas muy a flor de piel y los pómulos vaciados. A la ciudad no le gusta que use lentes oscuros. Espero mi turno. Nadie me puede perseguir. La levedad esta incrustada entre mis cejas. Aferrada a una piel de espera el viaje es un arrullo interminable. La trampa del duermevela huye detrás de mi arritmia como una cómplice flama de poros encendidos. Ir a todos los lugares es ir a ninguna parte. Mi sonrisa es mi único cuidado paliativo. Las calles son la palabra exacta que define el desvariar entre las rejas. Tiene que suceder. El mecanismo oxidado. El chirrido de la esquina que se repite en bochorno. En leves apagones y atolondramientos de luz me voy consumiendo. Un gesto de alterado sosiego me difumina el rostro. La eterna noche barre minuciosamente las hornacinas y los cuencos de mi cuerpo. Los transeúntes y millones de perros nocturnos persiguen otros resplandores.

□